



Queridos amigos:

Empiezo mi carta de este mes con un cierto sentido de distancia porque me pregunto, después de la conversación con alguno de vosotros, si realmente consigo hablaros de vuestra vida o estoy en mi mundo, un mundo que nada tiene que ver con el vuestro. Me decíais alguno que no hablo de vuestra vida cotidiana y me propongo hacer una reflexión sobre lo que es la vida cotidiana y nuestra relación con ella.

Lo más normal es creer que la vida cotidiana es lo que nosotros hacemos de continuo cada día, pero quizá esto es demasiado sencillo, y ya sabéis que a mí me gusta bucear en la realidad e invitaros en estas visitas quizá un poco ‘sub-realistas’ para vosotros.

Lo cotidiano es lo que cada día nos sale al encuentro, lo que llama a nuestra puerta, más allá de si lo acogemos o no. Por eso puede haber muchas cosas cotidianas que no las sintamos como tales porque las eliminamos sistemáticamente de nuestra visión. Un ejemplo. Seguro que conocéis el libro o la película *El niño con el pijama de rayas*. Parece un caso límite, pero no lo es tanto. Unos pocos pasos separan la realidad de la buena vida de un niño de la vida maltratada, humillada de otro. Los dos terminan por hacer cotidiano lo que podría serlo y su padre (y otros muchos) no quieren que lo sea: la amistad entre niños, más allá de si uno es judío y otro alemán ‘ario’. O pensar por ejemplo en el cuento *El príncipe y el mendigo*. Esto significa que lo cotidiano no es sólo lo que sentimos como tal, sino también muchas cosas que no vemos porque las rechazamos o los otros no quieren que las veamos cercanas y propias, aunque pertenezcan a nuestra vida.

Muchas cosas son cotidianas porque están a nuestro lado, pero no lo son porque están a la vez excluidas de nuestra vida. Es decir, que lo cotidiano depende no solo de lo que vivimos, sino de lo que queremos vivir.

Cada día, cotidianamente, nuestro corazón pide ser amado y el de los otros pide nuestro afecto, sobre todo el de los que sufren y están solos. Cada día nuestro cuerpo pide salud y bienestar, y el de los otros cientos de miles de jóvenes que no tienen posibilidades pide lo mismo, y nos mira para saber qué respondemos. Cada día nuestra vida pide alegría y diversión y, a la vez, los talentos ocultos que todos llevamos dentro piden esfuerzo para darlos a luz y hacernos valiosos en este mundo. Cada día nuestro cuerpo pide ser acariciado y gozar, pero a la vez pide que esas caricias sean verdaderas y no terminen por hacernos daño por falsas e interesadas. Cada día nuestra vida quiere reírse y poder compartir la alegría, y a la vez quiere encontrar a alguien para poder llorar lo que nos duele con la confianza de que será escuchado y comprendido.

Como veis lo cotidiano no es solo lo que hacemos cada día, sino también lo que cada día nos reta desde dentro y desde fuera. Podemos renunciar a muchas de estas cosas cotidianas pensando que no hacen falta, o que nos estorban en la vida que queremos llevar, o que no tenemos tiempo para todo..., pero hemos de preguntarnos si al hacerlo no nos aislamos de nosotros mismos, de nuestra verdadera vida, creyendo que al vivir intensamente una parte ya vivimos todo lo que somos. Por eso lo que sea cotidianamente nuestra vida concreta depende también de nuestras elecciones. Dicho de otra manera, no tenemos que ser lo que somos ya que podemos ser mejores o peores, más grandes o más pequeños en nuestra vida según lo que elijamos que sea nuestro concreto día a día.

Yo creo que lo más cotidiano que nos encontramos cada día somos nosotros mismos y las preguntas escondidas que siempre van con nosotros: ¿Quién quieres ser en cada cosa que haces?, ¿qué pintas en este mundo?, ¿para qué tu vida? Al final, queramos o no, con lo que hagamos las respondemos.

Este fin de semana he terminado una novela de Martín Garzo (*Tan cerca del aire*) que describe, a través de un relato de fantasía, la atracción que sentimos los humanos por una vida sin responsabilidades, sin culpa, sin memoria... que simboliza en la transformación de un hombre y una mujer en garzas. Al terminar el libro comencé a ver una película sobre una chica de 21 años que en la Alemania nazi fue condenada a la guillotina por criticar el régimen de Hitler desde una organización no-violenta (*Sophie Scholl. Los últimos días*). Pensé en vosotros y en mí. Quizá todos queramos ser un poco garzas: vivir sin pensar, sin pasado ni futuro, sin responsabilidad ni culpa, con el simple disfrutar del vuelo libre, el comer tranquilo y la vida en bandada... pero ¿no perdemos así nuestra humanidad? Yo prefiero la vida de Sophie M. Scholl que murió joven, a los 21 años, pero supo hacer de la realidad cotidiana que vivía en la Alemania nazi un reto para sacar de sí misma lo mejor. La prefiero aunque tengo que reconocer que no siempre estoy a la altura de este preferirla.

Ella vivió apoyada en una presencia de Dios que sacó lo mejor de sí misma y que sentía que no la abandonaba nunca, ni siquiera en el momento de su ejecución. Ella da testimonio ante nosotros de que Dios que nos hizo grandes nos pide que lo seamos.

Os invito, como me invito a mí mismo, a hacer de vuestra vida cotidiana una vida a la altura de vosotros mismos y no solo del fluir atontado del no pensar ni comprometer la existencia. Pero más importante que la mía es la invitación de Dios que os transmito, invitación que podéis encontrar cuando vuestro interior se deja llevar por su mejor parte o cuando abris la vida al evangelio de Jesús.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración.

Paco.